

SAN JOSE, COSTA RICA

15 Enero de 1912

Año II



Núm. 25

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia
Pedagogía Racionalista

DIRECTORES:

Anselmo Lorenzo
José María Zeledón

EDITORES:

Falcó & Zeledón
Apartado 638

SUMARIO

Salmo de año nuevo..... *José María Zeledón*

SOCIOLOGIA

El Proletariado emancipador. I - El derecho a la Verdad..... *Anselmo Lorenzo*

Palabras de oro..... *Carlos Malato*

Conferencias populares sobre Sociología. Objetivo-Filosofía-Ciencia-Naturaleza..... *A. Fellicer Paraire*

El pan nuestro..... *Jacinto Benavente*

Diálogos sobre la Belleza. *F. Pi y Margall*

PEDAGOGIA

La enseñanza de la religión. *Ellen Key*

PAGINAS LITERARIAS

Fuerza..... *Alberto Ghirardo*

Kaiser..... *Rubén Coto*

CRONICAS SOCIALES

Epílogos..... *José María Zeledón*

Cultura Popular *La Dirección*

20 cénts.

Imprenta de Avelino Alsina
SAN JOSE, COSTA RICA

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOL y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadrados de 225 á 300 páginas
A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jamies.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacaín el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, detective, Mark Twain.
El amor catedrático, G. Martínez Sierra.
La enjuta, Víctor Catalá.
Líos salve á la Reinal, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque..., François de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, Jacinto Benavente.
Boda oficial, R. H. Savage.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
La voz de las campanas, C. Dickens.

EN PRENSA

En preparación la sentidísima novela, de fama mundial, del insigne novelista americano JORGE ISAACS, **MARIA**.

La edición de esta obra á cargo de la «Biblioteca Domenech» será la mejor de cuantas se hayan publicado.

La ilustrará profusamente el celebrado dibujante J. JUNCEDA.

Nerto, Federico Mistral.
Sus hermanas, Henri Lavedan.
El Lunar, Alfredo de Musset.
La Puñalada, Marián Vayreda.
Ansias de Vida, Luis Q. Huertos.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

79 Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

OBRAS NUEVAS

Apuntes de un desconocido.—**Las cerezas del cementerio.**
El espada Montes.—**La voz de las campanas**
El dragón de fuego y Fausto que estaban agotadas hacía tiempo.

San José, Costa Rica

15 Enero de 1912

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA-ARTE-CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Año II

Núm. 25-48

SALMO DE AÑO NUEVO

Es esta una parcela
que roturó un anhelo,
y ha plantado de rosas y de espigas
el brazo de un esfuerzo.
Aquí vinieron á encontrar un nido
muchos infatigables pensamientos
que errantes por la vida
van, en la noche, despertando pueblos.
Desde este campo fértil,
en las playas del mar de un gran deseo,
han lanzado sus gritos
las aves procelarias del Derecho;
gritos de rebelión, gritos de vida
que irán multiplicándose en mil ecos,
por todos los rincones de la tierra
donde haya esclavos y donde haya hambrientos.
La tempestad se anuncia. En todas partes
fulgura el rayo y forcejea el trueno:
dijérase que viene al fin la tromba
que ha de purificar el universo.
Aquí la esperaremos á pie firme
para cantarle los valientes versos

que las gavillas de la luz entonan
en el rosal de amor de nuestros predios.

Desde este campo declinar miramos
al año que se fué; y el orto nuevo
tuvo revelaciones de esperanza
para la devoción de nuestro empeño.
Nuestro vigor acrece,
refresca sus fatigas nuestro aliento,
y sentimos que batan nuestras ansias
los soplos de otros vientos.

La simiente está echada.
Tenemos vida y juventud, podemos
gastar aún tesoros de energía
para guardar el campo, de los cuervos:
que aquí vinieron á formar su nido
muchos infatigables pensamientos
que errantes por la vida,
van, en la noche, despertando pueblos.

José María Zeledón

El Proletariado emancipador

I

El derecho á la Verdad

Hemos llegado á un punto en que sociólogos y revolucionarios, retenidos en la impotencia, estancados en estéril estacionamiento ó en peligro de progresar en nociva desviación, no pueden racionalmente dar un paso de seguros y positivos resultados sin lograr que esa multitud de hombres y mujeres que constituyen el Proletariado, se

pongan en condiciones de libre y natural evolución y adopten una actitud declaradamente progresiva. Es absolutamente necesario que lo que se llama la masa como negación de unidad, de número, de cantidad y, por tanto, despojada del carácter de individualidad y de colectividad humanas deje de ser materia amorfa para constituir tan-

tas personalidades como individuos la formen.

Dada la imperfección del lenguaje usado por nuestra civilización, acostumbrados á hablar por símbolos, por figuras de dición y sin fijación de idea por imprecisión de palabra, de modo que el convencionalismo, la cultura y aun la elocuencia encubren la ignorancia cuando no la malicia del que habla, y se interpreta por el que escucha según sus prejuicios ó sus ilusiones, hemos de examinar cómo se entiende y cómo se practica el salvador aforismo de La Internacional «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», sustentado hoy desde diferentes campos por agrupaciones que, si en un principio partieron de un origen único, se hallan actualmente muy distanciadas, separadas por pasiones y afirmaciones cada vez más divergentes.

Si por la idea puramente humana de justicia se concibió un tribunal divino para juzgar á los hombres y, según sus obras, darles el premio ó el castigo merecido, fué á consecuencia de haber reconocido en todos y en cada uno la responsabilidad consiguiente, responsabilidad que queda flotante sobre las discusiones modernas del tradicional libre albedrío con el modernista determinismo, porque sin responsabilidad no hay mérito ni demérito, ni puede haber recompensa ni vilipendio. Por eso sentaron los legisladores como principio jurídico, aunque pasando sobre la gran injusticia de la ignorancia popular resultante de la desigualdad social, que «la ignorancia de las leyes no excusa su cumplimiento».

Laicisada en el día esa idea de justicia, y subsistente siempre como norma moral, no es racional que por monopolio de la ciencia y por la consiguiente ignorancia sistemática, pasen los 1,600 millones de seres humanos de cada generación con un corto número de hombres eminentes, capaces de saber, y una inmensa multitud de atrofiados intelectuales, limitados á creer; ni la humanidad puede conside-

rarse como entidad una y permanente en la continuidad de su saber, en la tradición de su experiencia, en el goce de las ventajas adquiridas y en la preparación de sucesivos adelantos sin que la igualdad socializada facilite á cada individuo el íntegro desarrollo de sus aptitudes, primero para la propia satisfacción, y después y como complemento para beneficio de la colectividad.

Han de saber todos; ó á lo menos, después de dar la sociedad todo género de facilidades para la difusión de los conocimientos, no ha de haber impedimento social para que todos sepan, ni privilegio para que sólo sepan unos pocos, porque la verdad es de todos y se debe á todos, y, por tanto, la creencia no ha de ser acatamiento á un dogma autoritariamente impuesto é inquisitorialmente sostenido, sino resultado de la experiencia y de la inducción racional.

Para eso vivimos en sociedad, como lo reconocieron los hombres de la Asamblea Constituyente en 1789 al declarar que todos los hombres nacen y permanecen libres é iguales en derechos, y que el objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales é imprescriptibles del hombre; no para rendir homenaje ni vasallaje á un autócrata ni á una oligarquía imperante. Antes que vasallos ó ciudadanos somos hombres; á los trabajadores conscientes no les seducen ya los esplendentes festejos de que se ha hecho reciente ostentación en Londres coronando á un hombre, ó en Lisboa declarando soberano á un pueblo, porque tras el oropel, la fraseología, las músicas y los aplausos ha quedado subsistente, con tanta fuerza y vigor como hace más de veinte siglos, el despojo que sufre el obrero de su legítima participación en el haber social, sin que se le reconozcan positivamente sus derechos y sin que la sociedad política cumpla su objeto ideal y racional.

ANSELMO LORENZO



Palabras de oro

El burgués quiere salvar ante todo su «respectabilidad», necesaria para conservar su rango, y para eso se esfuerza en sofocar en sí y en los suyos todo sentimiento no autorizado por la sociedad, la ley y las preocupaciones. No cree en la religión, pero se casa en la iglesia y hace comulgar á sus hijos á fin de dar el buen ejemplo á las gentes del pueblo, para quienes juzga necesaria una creencia; quizá también por cobardía, no atreviéndose á obrar de diferente modo que las personas de su clase. Porque la cobardía y la hipocresía son con el egoísmo las virtudes teológicas del burgués. Admite muy bien que su hijo á partir de la adolescencia hasta la hora solemne del matrimonio, se despabile y disfrute con hijas de proletarios, destinadas á carne de placer; pero al mismo tiempo afectará respecto de éstas el más feroz desprecio, pedirá contra ellas la cartilla que da el Estado proxeneta y la conservación de la policía de las costumbres, en tanto que su vástago, harto de amores ilegítimos, irá con la frente levantada y sonriente, felicitado por padres y amigos, á casarse con una heredera, á la que ofrecerá los restos de su virilidad.

A pesar de la mentida palabra «igualdad» inscrita en las paredes de los edificios, la diferencia existente entre los altos burgueses que emplean el teléfono, el telégrafo, viajan en automóvil, en ferrocarril y pronto en aeronave, y el obrero que, todavía en los principios del siglo XX, lleva una vida de bestia de carga, es incontestablemente mayor que entre el patricio y el esclavo de la antigüedad; porque á veces el esclavo era más instruido que su amo, mientras que hoy las ramas del saber, haciéndose innumerables y complicadísimas, para asimilárselas se necesita tiempo y recursos que no posee el proletario, condenado así á estacionarse en la ignorancia.—C. MALATO.

CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA

Objetivo

Es un hecho innegable que *el estudio del hombre, de la sociedad humana, de su constitución, sus evoluciones, sus tendencias hacia su perfeccionamiento*, en una palabra, el estudio de esa rama de la ciencia que se llama *Sociología*, atrae con interés creciente la atención de cuantos aman el progreso social, se conducen del intenso malestar que sufrimos, y sienten veheméntísimo deseo de mitigar y extinguir el dolor que nos agobia

Aun cuando no fuese por amor á la sabiduría, movería los ánimos de todos, como los mueve, hacia tan interesante estudio, el desorden social presente, que á unos hace víctimas de todos los pesares y cargas, y á otros eleva á todos los honores y goces, sin razón natural que abone y justifique tamaña iniquidad. Al más pobre de entendimiento se le ocurre preguntarse por qué, siendo todos los hombres iguales ante la naturaleza, unos nacen en dorada cuna y asegurado tienen todas las satisfacciones y caprichos, sin haber contraído ningún mérito excepcionalmente extraordinario que lo justifique algo, y otros ven la luz en miserable jergón, y son condenados á odiosa servidumbre y á pesadísimos trabajos, para satisfacer muy mal las más apremiantes necesidades.

No considero indispensable demostrar la verdad de este aserto, que pesa en la conciencia de todos cual horrible pesadilla, porque lo que se ve, lo que se palpa y se siente no necesita esfuerzo alguno para lograr el convencimiento.

Sin negar, porque es innegable, este hecho social, dicen algunos de los que bien se hallan en la sociedad presente, y les conviene creer y hacer creer que en principios de justicia está basada, que la naturaleza del hombre es de una tan rara condición, que no permite otro modo de ser social, y que, además, tiene el vicio de quejarse, ya que nunca se ha hallado en tal grado de pro-

greso y bienestar como ahora, lo que debiera de agradecer en vez de censurar.

A cuya argumentación opongo ésta: que la sociedad se halla montada en un estado de violencia y opresión, que todo cambio en el sentido de un mejoramiento general ha debido hacerse también violenta, revolucionariamente, á causa de que las clases dominantes, en defensa de mezquinos intereses contrarios á la masa social, han desoído siempre las justas reclamaciones de los oprimidos, y sólo han cedido acosadas por la fuerza material; siendo esto axiomático, comprobado por la historia, no ha podido saberse prácticamente si es posible otro mejor régimen social, ya que para ello es absolutamente indispensable la garantía de positiva libertad, incompatible con el estado de fuerza en que la sociedad funciona y ha funcionado. Por otra parte, la posibilidad de una sociedad más perfecta se deduce, con la más severa lógica, de los progresos realizados, tan importantes como los concebibles para el futuro, y también del mero hecho de señalarse los males presentes, que acusa la concepción de su remedio; pues de no ser así, desmintiendo las leyes que presiden el pensamiento, en vez de las generales protestas, la naturaleza impondría un fatalismo ineludible que amartillaría la razón, y no podría considerarse como mal social, corregible, lo que se juzgaría de naturaleza, como si puede lamentarse que la chispa eléctrica nos carbonice en un instante, á nadie se le ocurre protestar de ella, y aun esos destructores de efectos de una ley natural procura burlar, y burla, el ingenio humano.

De modo, pues, que si contra todo sofisma de clases, jerárquicas y privilegios se levanta imponente el derecho natural igualitario; que si el avance social es verificado por el esfuerzo de los oprimidos más inteligentes y jamás de los opresores; y que si la intensidad

de todo sufrimiento se halla en relación directa de la conciencia del mal, no pueden sostenerse con buena fe las acomodaticias teorías del vicio de quejarse y de la falta de agradecimiento á los que muy frescamente se manifiestan nuestros protectores y civilizados, cuando en realidad no hacen otra cosa que resistir todo progreso y defender bastardos intereses.

Y he aquí que no bien iniciamos la cuestión social se nos revela en seguida toda la magna cuestión, con su grandioso problema: *el derrumbamiento de esta sociedad que nos hace sufrir demasiado, y el levantamiento de una mejor constitución social.*

Fácilmente llegamos á esta conclusión por deducción natural y lógica; pero, ¿cómo? ¿por qué medios? ¿de qué manera? Y surge la duda, la diferenciación de criterio y el continuo batallar entre escuelas y sistemas. Es por esto que cautiva á todos el estudio de la *Sociología*, que quiere profundizarse hasta el extremo límite; porque si bien la aspiración es concreta, conocido el mal, se divaga en las soluciones y en el método para realizarlas.

No es ciertamente una inconveniencia la diversidad de criterios ni la constante controversia en asunto tan grave, pues la luz se hace contrastando todas las opiniones y aquilatando todos los razonamientos; y á ello debemos que las ciencias sociales hayan llegado á la altura en que se encuentran; lo que es sensible es que el apasionamiento llegue hasta el exceso, por más que sea muy explicable que en estas materias se traspasen los límites de la cordura, porque cada uno créese en la posesión de la verdad, y dúdase de la sinceridad del contrincante, cuando, imparcialmente juzgando, lo que sucede es que, en la complejidad del problema social y en las varias fases que ofrece la naturaleza humana, ya por efectos atávicos, ya por afectos y pasiones mal definidos, cada individuo lo interpreta todo á su modo, y unos creen alcanzar de un salto la cumbre, porque se consideran preparados para ello, y otros se entretienen en solucio-

nes intermedias, que á los ojos populares se juzgan como definitivas.

A pesar de que muévense muchos egoísmos en todas las escuelas y sistemas, que deben descartarse en el campo de la filosofía y de la ciencia, no puede menos que reconocerse que todos pretenden afianzar en la naturaleza y en la ciencia sus ideales redentores, y es innegable también que algo hay en todos de verdad y de exagerado; y que la gran obra á hacerse es que un sesudo eclecticismo recopile de todos lo que con la naturaleza y la ciencia se halle conforme, prescindiendo de cuanto no esté de acuerdo con ellas, y así plantear las bases científicas de la sociedad humana.

Desde este punto de vista se nos ofrece vastísimo campo, de horizontes ilimitados, en que los más concienzudos obreros de la ciencia tienen labor inacabable; y que, sin embargo, á eso debe llegarse, si se quiere presentar despejado el camino que ha de conducirnos á la emancipación social.

Por otra parte, los grandes obstáculos que hay que vencer para que la verdad resplandezca en esa senda redentora no son, por cierto, la diversidad de medios y las distintas y aun opuestas soluciones propuestas que dividen á la parte de la sociedad, mayormente del proletariado, dispuesta á seguir adelante, porque, de todas suertes, anda y prosigue su marcha; la gran valla que se interpone á todo progreso no es más que una: la ignorancia.

Esa es la gran enemiga que hay que combatir á todo trance; es ella la que exige el mayor trabajo, el concurso de las más preclaras inteligencias, reduciendo todas las conquistas científicas á concretas fórmulas, fáciles de penetrar en esos cerebros obtusos que han absorbido todos los absurdos y todas las preocupaciones, ya procedan de las bárbaras edades, ó por efecto del constante esfuerzo de cuantos tienen interés, para la satisfacción de groseros apetitos, en que se mantenga esa ignorancia y la luz no se haga, presintiendo su anulación.

La mayor parte de las obras sociológicas se dirigen á entendimientos cultivados para comprenderlas; pero son demasiado elevadas para la masa social que no tiene preparación ninguna. Falta para ello un método de enseñanza, digámoslo así, á modo del procedimiento pedagógico, que vaya desde el abecé á las más profundas tesis y científicas conclusiones.

Esa labor necesaria, preliminar, no se ha hecho en el campo sociológico, ó al menos con un orden lógico y sencillo; y no he de ser yo, por cierto, quien la realice, pues no me siento con fuerzas bastantes para ello; mas si no soy apto para tamaña obra, no puede negármese el derecho de iniciarla, para que otros más expertos la pongan en práctica; y aun permitírmese diseñar los lineamientos del plan conducente á tal propósito. El podrá aceptarse ó desestimarse, rectificarse ó completarse; de todos modos se hará obra buena; y por ahí comenzaremos positivamente á sentar las bases científicas y naturales de la sociedad nueva, que debe garantizar la libertad, el derecho y las necesidades del individuo, dentro de las necesidades, del derecho y de la libertad sociales, armonizándolo todo con la naturaleza.

Este es el objetivo de estas conferencias; y contando con la buena voluntad de todos, entro á desarrollar el plan enunciado.

Filosofía

Es de sentido común que para saber se ha de estudiar, y no podremos precisar la causa de nuestros dolores, y orientarnos en el excojitamiento de los medios curativos, si no estudiamos.

Estudiar es pensar, es filosofar, pero no siempre se filosofa bien. En la conciencia de todos está que sufrimos el peso de una cantidad enorme de preocupaciones y errores, acumulados por todas las generaciones pasadas, que nos ofuscan la razón y dificultan la senda que puede conducirnos al dominio de la verdad.

Teniendo esto en cuenta, necesítase

comenzar por empeñarnos valerosamente en abandonar todo prejuicio, alejar de sí todo absurdo, ser buenos filósofos, pues *la filosofía, que es la investigación de la verdad*, enseña á observar, examinar, raciocinar bien sobre todas las cosas. Si al examen de un hecho, de una teoría, llevamos ya cierto criterio ó juicio preconcebido formado por mero ilusionismo ó por imposición aceptada, con prescindencia del concienzudo análisis, ignorando realmente su esencia, su valor ó su bondad, ¿cómo podremos posesionarnos de la verdad, adquirir la ciencia resultante de su estudio? Sería de todo punto imposible.

Es tan importante filosofar correctamente, que basta, para convencer-nos de ello, exponer el hecho de que notabilísimas individualidades han consagrado toda su existencia enseñando y propagando ingenuamente errores de gran trascendencia como verdades irrefutables, indiscutibles, que más tarde un cerebro despejado ha pulverizado. Un Aristóteles, un Galileo, un Darwin, ¿cuánta falsa ciencia no han derrumbado con su razón libre de ciertas preocupaciones de los antepasados, examinando sin prevención acomodaticia el gran libro de la Naturaleza? V si esto sucede á los hombres de talento, ¿qué no pasará á los de pocos alcances y ninguna instrucción?

Hay, pues, necesidad imperiosa de filosofar, de pensar bien, si es que pretendemos que nuestra razón penetre en la nebulosa que envuelve á la sociedad; es imprescindible apoyarse en datos verídicos, ser lógicos, que *la lógica enseña á razonar exactamente por medio de deducciones naturales*, ya que con deducciones extravagantes y arbitrarias, fuera del común sentido y de la naturaleza, no es posible discutir con provecho, ni adquirir enseñanza positiva; en una palabra, no hay ciencia; y, sin ella por guía, no llegaremos nunca á la posesión de la verdad.

La necesidad de tener en cuenta siempre estas fundamentales observa-

ciones para el buen raciocinio, sobre todo aplicadas al estudio de la cuestión social, lo revela también la consideración de que no hay sér humano que no la analice y juzgue á su manera, y aun con extraordinario apasionamiento. Es natural que así sea, porque á todos nos afecta intensamente, ya que ella entraña nuestra libertad, nuestra salud, nuestra propia existencia. Pero, ¡cuántos absurdos se dicen, cuántas contradicciones se manifiestan, cuántos esfuerzos, abnegaciones y sacrificios se verifican, verdaderamente contraproducentes!...

Todo el mundo cree estar preparado para resolver la gran cuestión, cada uno tiene sus sistemas y sus convicciones; y sin embargo, el que bien observa ve que las gentes se agitan en el vacío sin adelantar gran cosa, y pocos, buenos filósofos, pasándose sendos años consagrados al estudio, mucho hacen si consiguen desembrollar algo la confusa madeja social, cuyos anudamientos más formidables elabora el artificio de la ignorancia.

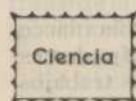
La ciencia social es de suyo difícil y compleja, y es inútil pretender comprenderla por reflejas intuiciones ó por inspiraciones sentimentalistas; pues ni las ideas se elaboran en nuestro cerebro sino aportar á él buenos materiales, ni es el sentimiento otra cosa que una natural resultante de la facultad razonadora y de la potencia social.

Debemos poseernos bien de estas verdades: que vivimos muy distanciados de la naturaleza y de la ciencia; que sin ciencia y naturaleza, nos hallamos en los dominios de la arbitrariedad y de la ignorancia; y que, en estas condiciones, confundimos la verdad con el error, lo justo con lo infcucio, lo natural con lo artificioso, lo bueno con lo malo.

Por un esfuerzo de voluntad, á que nos invita la Naturaleza, siempre ingenua, siempre abierta, podemos libertarnos de las quimeras y pesadillas que enervan la facultad pensante, y entonces, por nuestro bien individual y colectivo, dediquémonos al estudio, filosofemos, y cada uno adquirirá, se-

gún su capacidad, caudal científico bastante para conocer los datos del problema y tratar de resolverlo.

Pero comencemos por adoptar una libre y sana filosofía.



Si la buena filosofía es el único medio para lograr la positiva sabiduría, el fin propuesto es la ciencia, pues *la ciencia es la sabiduría de las cosas por principios ciertos*. Todo nuestro interés debe concretarse á saber la verdad, para no caer en el caos de la confusión; y verdad y ciencia son una misma cosa. Si ésta se fracciona no es más que para facilitar su estudio á cuantos anhelan poseerla. El método de la división del trabajo favorece el perfeccionamiento. Un buen diccionario, por ejemplo, sintetiza el conocimiento de todas las cosas; pero él no es la obra de un solo sabio, sino la reunión de muchas inteligencias; cada una ha aportado á ella su especial caudal científico, trabajo relativamente fácil, y se ha formado con su conjunto ese monumento del saber humano, labor difícilísima, si no imposible, para la más preclara inteligencia. Así pues, si decimos ciencias exactas, ciencias médicas, ciencias naturales, ciencias sociales, no es que haya muchas ciencias, sino aspectos especiales de la ciencia, que es sólo una, como una es la verdad, como es una sola la Naturaleza, de cuyo conocimiento positivo emana la ciencia y la verdad.

Ahora bien: si á nadie puede ocultarse que fuera de la ciencia es imposible acertar en ninguna cosa, hallar solución á cualquier problema, eternizándonos, por lógica consecuencia, en los dominios de la ignorancia y por ende de la arbitrariedad, se impone necesariamente el estudio de la ciencia, que en nuestro caso especial es la *Sociología*, que ya hemos definido en un principio, convencidos de que donde no hay saber no hay verdad, ni derecho, ni justicia, ni libertad, ni garantías para nada ni para nadie. Y como precisamente todo esto anhelamos para todos y cada uno, pues á esta

sola condición la humanidad puede vivir tranquila y dichosa, de ello se sigue el imperioso deber de consagrarnos al estudio de la ciencia que entraña el progreso y emancipación sociales.

A muchos parecerá montaña inaccesible eso de entregarse á profundos estudios, poco avezados á estos trabajos, para conseguir la mayor suma posible de verdad; pero eso es pura aprensión; necesitase más de buena voluntad, propósito decidido, que del trabajo material. Baste saber que hay tanto hecho, tal cúmulo de observaciones verificadas, que ha adelantado de tal modo la ciencia, que casi lo único que falta es ordenar y meditar sus conclusiones, analizando las premisas y demostraciones que ofrece, con sólo el cuidado de aceptar aquello que esté basado en principios ciertos, no olvidándose de la buena filosofía ni de la natural lógica.

Una cosa es conocer bien las demostraciones de la ciencia pertinentes al gran problema social, y otra cosa es crear, como quien dice, esa ciencia, obra de los pensadores de todos los tiempos. Muy distinto es tener una ilustración sana acerca de estas materias, que ignorarlas en absoluto, creyendo absurdos, y como tales, siempre improbables y por demás funestos.

Es en este sentido práctico que excita el estudio para adquirir ciencia, porque es el único modo factible para la gran masa social, y el sólo medio de llegar á una fuerza intelectual incontestable, y siendo incontestable, suficientemente poderosa para traducida en el hecho real de la evolución anhelada.

Naturaleza

Se ha dicho que la ciencia es el conocimiento de la Naturaleza, porque todo lo que es, todo lo que ha sido, todo lo que será, tiene por origen la Naturaleza, procede de ella, es efecto de la misma. Nada racionalmente concebible se halla fuera del orden natural. Y la más grande conquista humana, la elevación más alta de la ciencia, es haber

llegado á comprender esa Naturaleza, nuestra madre.

La humanidad ha tenido su infancia, y durante ella, como el niño, no observó, no vió ni entendió nada; su débil facultad pensante se perdió en el caos de profundos temores, extravagantes imágenes, absurdos monstruosos; sólo cuando la razonadora potencia hubo adquirido el completo desarrollo, como el hombre al alcanzar la plenitud del sér, se dió cuenta de los hechos, los analizó, y dedujo de ellos naturales y lógicas consecuencias. Entonces entró en la mayor edad.

De aquella ignorancia de la Naturaleza nace nuestro mal. Todos los errores, todas las preocupaciones, todo el barbarismo de las primeras edades, han extraviado á la humanidad, originando sus desvaríos, sus luchas, sus instituciones opresoras, sus grandes hecatombes; y consecuencia de todo ello es el malestar presente, pues todavía batallan los restos del salvajismo y la ignorancia con el progreso, con la justicia, con la ciencia.

Ahora bien: fuente de nuestra sabiduría es la Naturaleza, hijos de ella somos, nada hay fuera de ella, debe ser, pues, nuestro primer anhelo conocer esa madre que nos da vida y que adorna nuestro sér con la hermosura de la consciente intelectualidad que nos permite comprenderla y amarla.

¿Y qué es la Naturaleza?

Nada más que esto: *materia y fuerza*.

Es condición de la materia la fuerza; es esencia de la fuerza la materia. No es concebible la una sin la otra.

Y hoy la ciencia añade que: *una es la materia de que se compone el Universo*.

«Los mismos elementos, dice Odón de Buén en su popular *Historia Natural*, se hallan en las rocas de la tierra y en los soles del cielo; un mismo cuerpo, el hidrógeno, arde y brilla en el sol; unido al oxígeno, forma el agua del torrente impetuoso ó del lago cristalino; con el oxígeno y el carbono, constituye sinnúmero de cuerpos orgánicos, el almidón, el corcho, el azúcar ó el aceite; con los dos elementos

anteriores, más el nitrógeno y el fósforo, puede formarse la substancia de una célula cerebral».

«La unidad de composición, añade, se comprueba por el análisis espectral de los astros y el estudio de los meteoritos (cuerpos que, procedentes de otros astros, caen dentro de la esfera de atracción del nuestro); con el espectroscopio, por el análisis espectral, nos es dable reconocer los elementos químicos que constituyen á los astros; por los meteoritos podemos conocer cómo se hallan estos elementos químicos dispuestos, y comprobar, lo mismo por las combinaciones químicas que por la estructura, que la tierra no es ninguna excepción en el mundo sideral».

Pero ¿cómo se explica esa materia?

La Química se encarga de contestar la pregunta con la *teoría atómica*. Todos los cuerpos se hallan constituidos por partículas, última expresión de la materia, denominadas *átomos*. Con la reunión de átomos se forma una *molécula*. Y la asociación de moléculas constituye un *cuerpo*.

La actividad, la energía de la materia, depende de la movilidad atómica; ésta, con el continuo renovar, produce formas nuevas, composiciones y descomposiciones sucesivas.

Así se explica que nada permanece

inerte en la Naturaleza; todo se modifica y cambia, desde el mineral más refractario á la acción de los agentes que le rodean, hasta el organismo de los animales superiores, que tienen transitoria existencia. Es continua la transformación: unas formas se destruyen y otras se engendran.

Una bellísima idea del transformismo de la Naturaleza nos la da el profundo observador, víctima del oscurantismo, Giordano Bruno, de esta manera:

«De lo que es semilla se hace yerba; de lo que es yerba se hace espiga; de lo que es espiga se hace pan: del pan, quilo; del quilo, sangre; de la sangre, semen; del semen, embrión; del embrión, hombre; del hombre, cadáver; del cadáver, tierra; de la tierra, piedra ú otra cosa; y así llega á todas las formas naturales.»

Tenemos, pues, que *la Naturaleza es la constante transformación de la materia*, que no se crea, ni se pierde, y por tanto, sin principio ni fin. Más concretamente, como se ha dicho antes: *materia y fuerza*.

Va veremos después cómo se confirman estas definiciones al describir la formación del universo, que dejaremos para la conferencia próxima.

A. PELLICER PARAIRE

El pan nuestro

Dice la oración más humana de la religión de Cristo: «El pan nuestro de cada día, dánosle hoy». No dice el pan de cada día, sino el pan nuestro. ¡Nuestro! ¿Habéis meditado, fariseos, sobre el sentido de esa palabra? Nuestro; es decir, que el pan de vuestra mesa no sea el que falte en la nuestra, adquirido en justicia, sin menoscabo del pan ajeno. Y si así no fuere, si el pan de vuestra mesa, ricos y poderosos de la tierra, no es verdaderamente vuestro, de nada os servirá que repartáis las sobras por caridad, si antes no habéis dado lo que es de justicia. — JACINTO BENAVENTE.

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscarnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

Diálogos sobre la Belleza

(Fragmento)

No, Carlos, no; la justicia es, á mis ojos, puramente subjetiva. En la Naturaleza no la ve nunca el hombre. Luce el sol para los malos como para los buenos, y á los buenos como á los malos siega en flor la muerte. Indistintamente sufren malos y buenos: ya el río se desborde, ya el ciclón se desate, ya el volcán se avive, ya la peste inficione el agua ó el aire.

La justicia no está sino en nosotros. Se parece á la belleza sólo en que con nosotros se desarrolla y cambia. El sacrificio de Ifigenia sería hoy, para los mismos griegos, un crimen abominable. Abominables fueron ya para los soldados de Hernán Cortés lo que se hacía en Méjico, y ahora no hay nación culta que no arda en deseos de que se los haga imposibles en África.

Durante siglos se tuvo por justa la esclavitud en los más adelantados pueblos. Después de abolida se la restableció en América y se la mantuvo hasta nuestros días. No hace aún diez años que se la abolió en el Brasil y en Cuba. Subsiste todavía, bien que moribunda, en apartados rincones del África y el Asia; ¿hay ya en el mundo civilizado quien no la considere como la más flagrante violación de la dignidad y la libertad del hombre?

Se ha creído hasta hoy justa la posesión de la tierra por un corto número de propietarios. La consagran anti-

quísimas leyes y la sostiene con todas sus fuerzas el Estado. Ve cuán ardentemente se la combate ahora por injusta. La tierra, se dice, es patrimonio de la humanidad y no de ningún hombre. Pues para todos encierra los elementos de vida y de trabajo, de todos ha de ser y en interés de todos ha de beneficiársela. Es contrario á la justicia que unos la ocupen y otros no puedan ocuparla; más contrario aún que unos la labren y otros la gocen. Gracias á esa violación del derecho humano, la esclavitud no ha hecho sino cambiar de forma. Somos esclavos de los que la poseen los que no la poseemos.

Pasa hoy la idea de justicia por una de sus más radicales evoluciones. Exigen que se la transforme el abismo abierto entre las clases que viven del trabajo y las que las explotan; la artificiosísima organización de las presentes sociedades, causa de las innumerables leyes que las rigen; la responsabilidad que á todos los ciudadanos se impone por la infracción ó el incumplimiento de mandatos que los más ignoren y es imposible que abarquen ni aun los más doctos. Basta de convencionalismos, se dice; basta de leyes que sancionen la desigualdad y el privilegio y barrenen la justicia.

F. PI Y MARGALL

PEDGAOGÍA

La enseñanza de la religión

De "El Siglo de los Niños"

El elemento más desmoralizador de la educación actual es la enseñanza de la religión.

Esta comprende el Catecismo, la Historia Sagrada, la Teología y la Historia de las Religiones. Muchos

buenos cristianos afirman que la prueba mayor de las profundas raíces que tiene en nosotros el sentimiento religioso, es que á pesar de la enseñanza actual no ha podido ser destruído.

Pero no es sólo el modo de enseñar

la religión lo que resulta nocivo para los niños, sino la enseñanza en sí misma.

Yo quisiera que éstos pudieran internarse solos en el mundo patriarcal del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Estos libros — de los cuales existen ediciones propias de la infancia — resultan agradables á los niños, y alimentan su imaginación y sus sentimientos sólo en el caso de poderlos leer, tranquilamente, sin verse interrumpidos por interpretaciones pedagógicas y dogmáticas. Y sólo en el hogar, nunca en la escuela, la religión puede ser, á instancias suyas, materia de conversación y explicaciones.

Cuando las primeras impresiones religiosas nacen espontáneas y sin más autoridad que la emanada de ellos mismos, se convierten en una especie de mitos, semejantes á las fábulas mitológicas griegas y del Norte, que nunca se encuentran en abierta oposición con las materias objeto de la enseñanza.

Nuestro error más grande es el de enseñar á los muchachos, como verdad absoluta, la teoría bíblica de la creación que después la Historia y la Ciencia declaran absurda, é imponerles obediencia absoluta á los preceptos de la moral evangélica que continuamente ven olvidados; pues toda la sociedad industrial y capitalista está fundada, hoy día, sobre el principio opuesto á la enseñanza cristiana: «Ama á tu prójimo como á tí mismo.»

En esto, como en todo, la inteligencia de los niños es aguda é infalible; se dan cuenta en seguida de si lo que les rodea vive con arreglo á las enseñanzas del catecismo. Un Chiquillo de 4 años á quien hablaba de Jesús diciéndole que nos mandó amar á todos, me contestó: «Si Jesús ha dicho esto, papá no es cristiano.» Se fijan inmediatamente en el contraste entre el precepto y el ejemplo. Otro niño, inflamado por la idea de la Caridad, quiso regalar á los pobres, no tan sólo sus juguetes, sino también sus vestidos, y sus padres tuvieron que darle una paliza para disuadirle de su aplicación demasiado práctica del cristia-

nismo. Una niña finlandesa, oyendo decir á la maestra que la religión enseña á amar á todos, hasta á los propios enemigos, exclamó que en Finlandia nadie podría amar á Bobrikoff.

Conozco los sofismas con que se trata de engañar esta lógica irrefutable. Y son precisamente estos sofismas los que han infundido en la sociedad «cristiana» toda la hipocresía de que se encuentra impregnada. Tiene mucha razón Rousseau: «Enseñamos á los niños los mejores principios, y cuando quieren ponerlos en práctica les obligamos á obrar según ideas muy diversas y mezquinas, hasta que con tantas restricciones, llegan á convencerse de que los nobles preceptos son solamente hermosas palabras, y cosa muy distinta de la realidad de la vida.»

El peligro no estriba en la elevación del ideal cristiano, porque el ideal es por sí mismo inaccesible, y se nos escapa cada vez que creemos haberlo alcanzado. El error consiste en hacer del cristianismo un ideal absoluto cuando el hombre en la vida ordinaria se ve obligado á transgredirlo continuamente; en que el Catecismo le enseña que por ser criatura mortal no podrá jamás alcanzar aquel ideal, pero que el único modo de vivir bien en este mundo y conseguir la felicidad en el otro, consiste en acercarse á él todo lo posible.

Esta red de contradicciones ha confundido de tal modo los conceptos ideales de las generaciones sucesivas que éstas, en definitiva, han acabado por no tomarlas en serio. Entre las causas psicológicas de la inconsistencia humana, por la cual se hacen concesiones tan humillantes y perjudiciales al mundo y á la moda, no es una de las menos importantes la siguiente: los niños aprenden con la enseñanza de la religión que *los principios y las acciones son dos cosas muy diversas*. Y el recuerdo subsiste hasta en aquellos para quienes el Cristianismo no ha perdido su valor como dogma. El librepensador se somete al matrimonio religioso y deja bautizar ó comulgar á sus hijos, sin preguntarse si no le

impulsa, antes que nada, el deseo de no romper la costumbre. El republicano canta himnos monárquicos, remite telegramas de felicitación al soberano y acepta condecoraciones. No acabaría nunca si quisiese enumerar las infidelidades pequeñas y grandes que los hombres cometen cada día contra sus propias opiniones y que excusan diciendo que son «cosas de poca importancia.» No pensaban de este modo los mártires cristianos que hubieran podido salvarse quemando unos granos de incienso sobre el altar imperial. ¡Un poco de incienso, «cosa de poca importancia!» exclama el hombre moderno, y lo ofrece cada día á dioses en quienes no cree.

A pesar de sus inconsecuencias, el protestantismo siguió siendo sano y grandemente educativo mientras fué sincero y tuvo latente su inevitable dualismo. Pero su duplicidad ha resultado desmoralizadora en cuanto ha brotado de él un nuevo protestantismo. Después de haber destruído fibra á fibra la doctrina que la iglesia católica había adaptado tan admirablemente á la psicología de la muchedumbre y que representaba los símbolos más profundos de las más hondas experiencias humanas, no sabe el protestantismo actual, aceptar las consecuencias de su obra.

En el hogar, en la escuela, en la universidad, en el cuartel y en las oficinas se enseña la misma dócil dependencia disfrazando con las hermosas palabras de *disciplina*, subordinación y espíritu de cuerpo, aquella esclavitud de las almas que obliga á justificarse con el silencio todo abuso y á sufrir toda violencia. Sólo cuando todos «protestemos» de veras contra las imposiciones autoritarias de nuestro máximo patrimonio moral—la religión—

sabremos conquistar una opinión independiente en las cuestiones políticas y sociales, y como jefes y maestros, sabremos conceder á los escolares, á los estudiantes, á los soldados y á los empleados aquella libertad de palabra y de acción que es derecho común y sagrado de todos los hombres. Sólo se comprende cuán arraigado tenemos el espíritu de cobardía á cuya sombra se perpetran los grandes crímenes nacionales, cuando vemos—como sucedió á un jefe del ejército sueco—que se puede caer en desgracia por tomar parte en una fiesta civil conmemorando la Revolución Francesa ó ser severamente reprendidos por ocuparse en cuestiones sociales, como sucedió á los estudiantes de Upsala cuando se agitaron en favor de la libertad de las leyes amenazadas por los propietarios de los aserraderos de Norrfold. Hombres y mujeres de austera vida privada han consentido—sobre todo en nombre de la fe religiosa—cometer en las cosas públicas su conciencia, pensamiento y acción á la guía de un extraño.

El afán de procurarse una opinión propia en todo, y especialmente en materia religiosa, el valor de manifestarla y la abnegación de sacrificarse por ella, convierten al hombre en un fuerte elemento de civilización. Y mientras la escuela y la sociedad no cultiven conscientemente este afán, este valor y esta abnegación, el mundo seguirá siendo lo que es: palestra de vanidad, violencia y egoísmo, llámense como se llamen los elementos directores: radicales ó conservadores, aristócratas ó demócratas...

ELLEN KEY

Distinguida escritora sueca, que ha consagrado las fuerzas de su inteligencia á la obra del mejoramiento social.

Hágase al niño delicado para la elección de sus razones, que guste de la pertinencia y, por consiguiente, de la brevedad. Inclínesele sobre todo á rendirse á la verdad en cuanto la conciba, ora provenga de su adversario, ora brote en sí mismo por inspiración. —MONTAIGNE.

PÁGINAS LITERARIAS

Fuerza

I

¡Sobre el crimen,
sobre el dolor, sobre la misma muerte;
erguidos ante el mal, como peñascos
ante la ola,
¡aquí de nuevo, todos!
resueltos, como ayer, firmes, sin mengua,
luchadores con fe que nadie abate:
¡dijéranse banderas,
banderas de justicia,
de luz, de amor, sin miedo desplegadas
hacia todos los vientos de la tierra!

II

El dolor y la fuerza nos secundan.
¡Somos la rebelión, nadie nos vence!
¡Triunfaremos, muriendo
en la cruz, en el fuego ó en las horcas!
Rumbo al amor, marchamos
dejando entre las zarzas del camino
nuestras flores de púrpura
que han de cuajar en frutos de alegría.
Con el dolor sembrado,
otras generaciones
han de hacer su cosecha de esperanzas
para sembrar de nuevo,
no ya entre sangre y humo de combates,
lágrimas y suspiros de agonía,
sí, entre el cariño fraternal y puro,
¡que al fin el hombre surgirá en la tierra
por la idea inmortal regenerado!

III

¡Mártires, precursores
que caisteis triunfando,

nada podrá borrar de las memorias
vuestras grandes acciones, vuestras vidas!
¡Vamos al porvenir con nuestros muertos!

IV

Ellos, los que entregaron
sus cabezas soberbias
al enemigo hierro,
hicieron ver al mundo que la idea
era más poderosa que la vida;
era más poderosa que la muerte:
¡era inmortal!

¡Altivos paladines,
paladines hermanos y fecundos!
Por eso, porque disteis vuestra sangre
en holocausto de la misma idea
que nos sustenta á todos;
por eso, porque hicisteis
florecer los rosales
de la ilusión y el bien, flores de gloria,
junto al mismo sepulcro;
porque tuvisteis el valor supremo
de desafiar, sonrientes,
la cobarde ignorancia que nos cerca;
porque tuvisteis la visión de un mundo
regenerado, bondadoso y fuerte,—
la humanidad por fin emancipada
de las propias cadenas
remachadas por todos los prejuicios,—
porque fuisteis bondad, luz y dulzura,
fuerza y amor...

¡Por eso
aquí estamos rodeando vuestras tumbas!
¡Que son vuestros cadáveres, banderas!

ALBERTO GHIRALDO

Virgoso poeta libertario argentino, cuyos cantos
son golpes rotundos sobre el malecón de la injusticia.

Kaiser

Debéis haberlo visto cuando menos
una vez. Kaiser es un anciano achaco-
so y desmedrado, de andar torpe y mi-
rada perezosa y llena de cansancio. Un
pobre viejo que en las mañanas suele
salir por esas calles á caza de un poco
de sol con qué calentar su miembros
ateridos y ya bien gastados por los
años, por los años y la angustia. Es
aquel perro despreciable que transita
allá por las calles solitarias y olvida-

das, jadeante, rozando la pared con el
lomo, llevando siempre una hebra de
plata pendiente del hocico. Al verlo,
los falderos de la vecindad le abren
paso, quizá lo miran compasivos, res-
petuosos, y él, él ni siquiera repara en
ellos: qué ha de advertirlos mirando
como va siempre hacia el suelo!

Pues bien, he aquí que Kaiser ha
dado hoy ocasión á un pobre cuento,
tan pobre, tan sencillo como la pobre,
la sencilla existencia que lo motiva.

El caso es vivido, os lo aseguro.

¹ Poema leído en la gran velada Pro-Ferrer, cele-
brada en Buenos Aires el 13 de octubre de 1911.

Fué una escena breve, silenciosa, elocuente. Una de esas escenas que se miran todos los días, despreciativamente, sin verlas, sin tomarlas en cuenta, sin querer comprenderlas; son tan miserables! Kaiser daba esta mañana su paseo cotidiano y tomaba su poco de sol. Ya cerca de las nueve el cansancio le obligó á echarse por tierra; por fortuna llegaba en aquel momento al extremo de la calle, junto á un higuero que á esa hora riega sombra en el camino.

La coincidencia juntó á Kaiser con otro viejo también desmedrado y achacoso, que iba á descansar á su vez. Al cabo, los dos se incorporan, se miran obstinadamente, les parece haberse conocido en alguna parte, no recuerdan dónde. Kaiser blande la cola en todas direcciones, su mirada rutila alegre, revive un instante y se acerca al otro recién llegado. Eh, Kaiser, tú aquí? Ambos tienden la mirada hacia el pasado y el recuerdo fulgura: ah, sí, fué allá en la fábrica de cervezas, hace ya tantos años! Kaiser hacía entonces, durante las noches, de avizor insustituible en la bodega; el otro era peón

inmejorable de la fábrica; los dos eran alegres, vigorosos y buenos camaradas, y ahora, ¡vaya una traza! Maldita fábrica, robarles todas sus energías, aprovecharse de todo su vigor y después, después despedirlos bonitamente, echándolos á la calle como á caballos viejos é inútiles. De seguro que ni el recuerdo existía ahora en la fábrica; brazos nuevos seguirían reemplazando á los herrumbrados ya por el trabajo aniquilador, y otro perro, también joven, ocuparía el puesto de avizor nocturno en la bodega.

La escena terminó bien pronto: el viejo mendigo tomó de su alforja algunos pedazos de pan de los recogidos durante aquella mañana y los dejó al alcance de Kaiser; luego se depidió de su antiguo camarada acariciándole en el lomo y en la cabeza; el perro movía la cola en todas direcciones...

Que el cuento resulta hasta vulgar? Claro está, como que la escena es de esas que se miran todos los días, sin tomarlas en cuenta, sin querer comprenderlas, despreciativamente.

RUBÉN COTO

CRÓNICAS SOCIALES

Epílogos

Ecos del
Carnaval

Atados á la noria del trabajo, miramos desfilan por nuestro frente en los días de las fiestas el regocijo popular.

La alegría del alcohol, delirante, salvaje y venenosa, puso en cada garganta masculina el lenguaje del lobo y en cada corazón el instinto del tigre. Aullidos y agresiones; he allí los dos reflejos clásicos del alborozo popular.

Podrá darse un caso de pueblo más melancólicamente desgraciado?

Desde nuestro punto de observación, —ya se ve que alejado del torneo en que las altas clases sociales realizaban su gozo entre los límites de la escasa cultura que han sabido darse,—las

más variadas y extrañas consideraciones fueron descendiendo sobre las cabezas de los transeúntes en jolgorio.

En primer lugar, un mentís rotundo como una bofetada cayó sobre la creencia general de que la crisis económica nos abruma. Ni uno solo de los diez mil cuerpos que pudo rozar nuestra mirada, dejó de ostentar alguna prenda nueva. Y cuán pocos ¡ay! de los rostros de esos cuerpos, no tenían trazas de crápula y contracciones de ventura artificiosa! El confeti rodó á torrentes en los paseos; las sedas y las plumas valiosísimas, entumescían sus galas bajo la irrigación de aguas, —no todas limpias ni bien olientes—con que provocaba su contento la cultura

social más encumbrada; las águarden-terías ocasionales profusamente repartidas en los puntos de fiesta, no dejaron de tener en todos los minutos plétores de parroquianos; y los carruajes siempre llenos de señoritos, de campesinos y de obreros, paseaban embanderados por la ciudad la holgura nacional.

¿Dónde está pues, la miseria que nos atisba?

Luego nuestro pensamiento comenzó á dolerse de la falta absoluta de educación artística de nuestro pueblo.

Años hace—estábamos pequeños—cuando ocurrió aquí la huelga de los trabajadores italianos, tuvimos una impresión dulcísima que aún sacude nuestro ánimo con el temblor de las felices emociones.

Mientras las patrullas de obreros engañados discurrían por la ciudad casi hambrientos, recibiendo los obsequios de la conmiseración, altos coros de voces educadas en el placer del canto llenaban de armonías el ambiente. Bajos, tenores y barítonos, de todo se oía con pujante claridad en aquellos conciertos errantes con que un pueblo de artistas acreditaba aquí su orgullo en la garganta de sus trabajadores más humildes.

Nuestra gente, en cambio, grita con largas modulaciones de bestias enceladas. La expansión de sus pechos no conoce otra forma. No excluimos, por supuesto, de la regla á los señores de levita y de bombín, los cuales hacen en estas horas de regocijo público los más repugnantes actos de nivelación con la rufianería que aparentan desdeñar en días normales.

Todas, todas estas consideraciones iban pasando como sombras de tempestad por nuestra frente; y ya nos disponíamos á confortar el ánimo con la esperanza de que á mejorar estas condiciones actuales vendrá el *Oryfeón obrero* que con el inquebrantable entusiasmo artístico que es suyo fundó y sostiene el señor Vargas Calvo, cuando la última bocanada de dolor nos hizo retirarnos de la ventanilla que nos servía de observatorio. A nuestra

vera habían pasado, en descompuesta patrulla, aullando su justa rabia trocada sin motivo en alegría... ¡los redentores literarios de la inopia!

La lucha

Los que hablan de *la lucha por la vida* con la arrogante inconsciencia con que aquí se habla tantas cosas, es posible que no hayan parado mientes en el preciso lugar en que esa frase pudiera tener alguna racional aplicación.

Al revés de lo que muchos creen, no es el derecho á vivir lo que á uno le disputan aquí los elementos naturales y las fuerzas artificiales de la coacción social. Hasta los inválidos hacen entre nosotros el pedazo de vida que les cupo en suerte soportar, sin grandes desazones. Hasta los hombres robustos, cuyos brazos permanecen inactivos cuando toca sus dianas el trabajo.

No tenemos frío, no tenemos calor. En el clima primaveral que enerva nuestras fuerzas, se producen casi todos los frutos de la tierra. El suelo no tiene que esperar, dormitando, el paso de los rigores de la estación; una producción no interrumpida á pesar de la desidia con que se la aprovecha, hace innecesarios los graneros. La comunidad de bienes, tácitamente establecida en el país—no por virtud de ideas preconcebidas é inteligentemente aceptadas sino por un espíritu innato de rapiña—hace que nadie tenga que sufrir las punzadas del hambre. Y precisamente de esa enorme facilidad para la vida, que en sí no lleva estímulo alguno para la actividad, nace la verdadera lucha, la lucha contra la inercia criolla, que esteriliza entre nosotros los más apreciables brotes de la iniciativa individual.

Quien va á su zapatero ó á su sastre á encarar unas prendas, ya puede estar seguro de que durará un mes, gastado en reclamos inútiles, para obtener lo que ha deseado. A veces, al cabo de ese tiempo y de ese afán, le sirven con algo bien distinto de lo que se había propuesto conseguir. El campesino jornalero prefiere muchas veces que-

darse entre la casa descansando, á concurrir al campo de labranza en donde su trabajo es menester, ó á cultivar el pedazo de terreno aperezado y estéril que rodea su vivienda. El hijo de rico no comprende que de la riqueza que el azar puso en sus manos sólo le será lícito gozar la parte que pueda poner al servicio de su actividad personal, y gasta la vida inútilmente en clubs y en cantinas. El operario no siente el natural deseo de mejorar su condición por medio del esfuerzo propio—atendido á que el de los demás habrá de darle lo que solo á él interesaría buscar y procede en casi todo con la torpeza de quien no debe interesarse por su suerte. El municipio vigila desde su torre de especulación el nacimiento de las empresas, para caer sobre ellas sin piedad con el garrote del impuesto. El Gobierno establece los grandes cul-

tivos de parásitos sociales que devoran la riqueza pública, y arranca la energía lozana de los campos para venir á podrirla en los cuarteles.

La lucha, la esforzada lucha, la verdadera lucha, se queda entonces para los que, libertados de la esclavitud del medio rutinario, quieren volar en esta red de obstáculos que el carácter nacional tendió en el país.

Y son tales las dolorosas y gigantescas condiciones de esa lucha, que si el clima y la altitud de nuestras poblaciones no lo aplanaran todo como bajo una losa, de tal contienda habrían logrado surgir ya caracteres invencibles de esos que pueden al fin fundir con el coraje de sus lavas interiores, las nieves sempiternas de la comunidad.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Cultura Popular

Hemos tenido el placer de recibir la siguiente esquila:

«Santo Domingo, 9 enero de 1912.

El «Centro de Amigos» de esta ciudad se propone inaugurar en corto plazo, un Centro público de lectura á periódicos, revistas y libros.

Conocidos sus buenos deseos en pro de la cultura popular de Costa Rica, vengo á solicitarle, en nombre del Centro que presido, su valioso apoyo, que podría consistir, en este caso, en el envío de libros, de revistas ó de periódicos que tenga usted sobrantes ó que ya no necesite.

Con ello nos haría un evidente servicio que nunca acabaríamos de agradecerle.

En esta esperanza, me suscribo de usted atento y seguro servidor,

G. A. QUIRÓS»

Somos de los más obligados á secundar un movimiento intelectual tan simpático. Al efecto, mandaremos nuestra contribución en la forma pedida y rogamos á todos nuestros amigos que ayuden con su buena voluntad á tan saludable iniciativa.

LA DIRECCIÓN

No hay que pegarse el saber, sino incorporársele; no hay que regar, sino teñir; y si no cambia y mejora nuestro estado imperfecto, vale más dejarlo; porque es como un arma peligrosa que estorba y ofende á su amo si se halla en mano débil y torpe.—MONTAIGNE.



RECOMENDAMOS á nuestros lectores lean la siguiente página de avisos. Todas las obras científicas y literarias que nos pidan, las serviremos en seguida. Pago anticipado.

IMP. ALSINA, San José, Costa Rica

Condiciones:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

Numero suelto: 20 céntimos

ABONO ANTICIPADO

ADMINISTRACION: 7ª Avenida Este, 247

San José, Costa Rica

DE VENTA

En la LIBRERIA de MIGUEL OBREGÓN

(A la par de la Botica del Comercio)

En Europa deben pedirte las suscripciones a don Anselmo Lorenzo,
calle de Casanovas, núm. 32, 2º, BARCELONA (España).

En la Sociedad de Agencias Editoriales

DE
FALCÓ & ZELEDÓN

Están á la venta las siguientes importantes obras:

Un drama bajo Napoleón I

El misterio de Clomber

Novelas de A. CONAN DOYLE. Dos tomos en rústica: 1.00 colón.

Varias Historias

Novela de MACHADO DE ASSIS. Un tomo empastado: 2.00 colones.

A bordo y en tierra

Novela de FENIMORE COOPER. Dos tomos empastados: 4.00 colones.

La gloria de don Ramiro

Novela de ENRIQUE R. LARRETA. Un tomo empastado: 2.50 colones.

Las Perlas del Corazón

Novela de la BARONESA DE WILSON. Un tomo en rústica, con varios grabados: 1.00 colón.

El Demonio de los Andes

Novela de RICARDO PALMA. Un tomo en rústica: 0.50 colones.

Auxiliar del Arquitecto y del Ingeniero Constructor

Por CARLOS SÉR, Ingeniero Civil. Un tomo empastado, con varios grabados: 3.00 colones.

Crianza del Niño de pecho

Por el Dr. GALTIER-BOISSIÈRE. Un tomo en rústica, con varios grabados: 0.75 colones.

Para evitar las enfermedades venéreas

Por el Dr. GALTIER-BOISSIÈRE. Un tomo empastado, con varios grabados: 0.75 colones.

ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑÍA

Pan para Todos

de excelente calidad, elabora la

Panadería de Pablo Torrens

situada en la Cuesta de Moras.

Invitamos á nuestros lectores
y al público en general, á pro-
teger esa empresa.

SE SIRVE A DOMICILIO

Apartado de Correos No. 30

FOLLETOS EN VENTA

Grandes prostitutas y fomosos libertinos, por Emilio Gaute . . .	\$ 1.05
Las Tenazas, comedia en tres actos, por Pablo Hevieu	0.50
La Epidemia, comedia en un acto, por Octavio Mirabeau	0.25
La aula, cuadro dramático, por Luciano Descaves	0.25
Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis, conferencia por el Dr. Queralto	0.25
Ni Dios ni Patria, por Benjamín Mota	0.15
Palabras de actualidad, por Anibal de Pretti	0-15
Cómo vivimos y cómo podríamos vivir, por William Morris	0.15
El poseedor romano, A. Lorenzo	0.15
La unión revolucionaria, J. Grave	0.10
La mujer desde el pasado al porvenir, José Sergi	0.10
El problema de la población, Sebastián Faure	0.10
La libertad, Bernardo Lazare	0.10
El individuo y la masa y La Educación de la libertad, A. Peller Peraire	0.10
¿Dónde está Dios?, M. Rey	0.10
La mujer esclava, René Chaughí	0.05
En tiempo de elecciones, por Enrique Malatesta	0.05